

Madurez existencial, madurez orante

El proceso de maduración personal implica a las distintas dimensiones de la persona. Dichas dimensiones afectan, en primer lugar, al desarrollo humano, y paralelamente, al desarrollo espiritual. El presupuesto del que partimos es el siguiente: **no cabe madurez creyente sino sobre la base de la madurez humana**. Esto da lugar a una serie de puntualizaciones:

"La evolución del crecimiento humano es un desarrollo que va desde una necesidad absoluta de ser amado (infancia), hasta una plena disponibilidad a dar amor (madurez).

• • •

(K. Stern)

1

El proceso de maduración humana es la base del proceso de maduración creyente. Por ello, aunque en las primeras etapas del desarrollo personal el proceso humano ha de ser priorizado (no absolutizado) respecto del proceso creyente, en las etapas posteriores, el proceso creyente determinará el grado de madurez humana¹.

2

Esto supone que el trabajo con las personas tiene que atender a ambos desarrollos simultáneamente, aunque sea preciso descubrir cuál es la dimensión central en cada momento.

3

Aunque el primero es base para el segundo, ambos procesos tienen distinto desarrollo y distinta lógica: el primero requiere apertura a la vida y a las experiencias vividas, y el segundo es conducido por el Espíritu, como se reconoce en las fases más significativas (que muchas veces se vale de las mediaciones humanas).

Veamos ahora cuáles son los estadios de dicho proceso de maduración. En el despliegue de dicho proceso se podrán reconocer los supuestos que acabamos de decir. No vamos a hacer una casuística exhaustiva, sino más bien señalar los puntos fuertes de cada etapa. A cada cual le corresponderá, con estas indicaciones, incluir otros criterios que se ajusten a cada etapa.

La estructuración que haremos no es lineal: a veces nos reconocemos como personas maduras en un aspecto y nos vemos inmaduras en otro. Dicho de otro modo: en esto de la madurez siempre tenemos temas pendientes.

¹ Al hablar de madurez humana nos referimos a madurez psicoafectiva.

INMADUREZ

Todo lo que se da en esta etapa está centrado en el propio **yo narcisista**.

A nivel afectivo, necesidad de ser el centro, de ser el beneficiario del afecto, la atención, el privilegio de la otra persona de modo desproporcionado (posesividad, celos, victimismo, etc.). La inestabilidad emocional se manifiesta en reacciones desproporcionadas de tipo infantil. A veces, la persona aprende a controlar dichas emociones, pero lo hará desde mecanismos de defensa aprendidos.

Se manifiesta en una serie de **incapacidades**: incapacidad de tolerar las frustraciones y los conflictos. Incapacidad de soportar la ambigüedad de las situaciones, que no se sabe manejar porque la realidad se percibe en blanco y negro.

Las leyes y las figuras de autoridad son referentes absolutos, bien para secundarlos, bien para enfrentarlos: de ambos modos se manifiesta la inseguridad e inestabilidad de la persona.

Incapacidad también de apertura más allá de lo propio: la crítica global y agresiva, la autodefensa intransigente o culpabilizadora ante aquellas personas o situaciones que una considera que se oponen a nuestro modo de mirar, que nos acusan, que cuestionan o nos pueden hacer perder privilegios.

Estas actitudes de inmadurez a nivel humano se proyectarán también en la relación con Dios.

TOMA DE CONCIENCIA

En esta etapa, la persona comienza a asumir actitudes de **autocrítica**, como asunción de los propios errores y capacidad de poner en marcha acciones de otro signo.

Empiezas a hacer una **lectura de la realidad** no victimizada ni justificatoria ni autocompasiva, sino **lúcida y realista**, que ni se ensalza por los aciertos ni se hunde por los fracasos.

Vas **dominando tus emociones** en vez de dejar que te dominen a ti. Aprendes a aceptar la libertad de los otros, incluso si no te prefieren, si no te escogen, si las elecciones de los otros o su libertad eligen algo distinto de lo que tú valoras o comprendes.

La ambigüedad de lo real se asume y a la vez, no es excusa para la propia ambigüedad. El sujeto que es capaz de autoafirmación y autocrítica se exige a sí mismo todo lo que puede dar y va aprendiendo a reconocer también lo que no puede dar, a la vez que admite la propia limitación.

La persona toma conciencia de la propia división interior y hace **opciones de autenticidad e integridad**. Empieza a amarse a sí misma y se orienta hacia Dios de modo comprometido.

Te abres a recibir lo que la vida traiga y deseas entregarte a ella con lo que eres, aunque dicho ideal está aún muy centrado en el propio desarrollo.

MADUREZ INICIAL

Las acciones de la etapa anterior van dando lugar a actitudes desde las que la persona se sitúa ante la realidad desde un **yo integrado**.

La persona se orienta según valores arraigados y no actúa por sumisión a la presión del grupo o de personas significativas, sino por **fidelidad interior**. Los principios han sido interiorizados, y se siguen aquellas referencias que, teniendo o no una formulación externa, se escuchan y se obedecen por fidelidad interior.

Vives **arraigada en tu verdad**, a la que obedeces, por la que te dejas conducir.

Aceptas el precio de la libertad, la incomprensión o la pérdida de reconocimientos porque el anhelo interior te lleva a **vivir desde el centro** y a abrirte a la realidad desde ahí, aunque este modo de vivir no sea comprendido por el mundo.

La **obediencia** se empieza a comprender como reconocimiento de la propia condición de criatura que se somete a Dios, tanto si entiende Su voluntad como si no.

El **discernimiento** se va convirtiendo en clave de orientación y de respuesta en medio de la ambigüedad de la vida. El discernimiento también supone escucha de Dios e implica obediencia.

“Adultos en la fe”
(1 Cor 2, 6)



La disponibilidad interior te capacita para permanecer libre ante los cambios, porque el fundamento de la persona, que está en su interior, hace posible entregarse creativamente a las nuevas situaciones. Dicha creatividad se atribuye al Espíritu y no a la propia originalidad.

Las emociones dominantes están conectadas con la vida en su profundidad: alegría, agradecimiento, alabanza, compasión, dolor, escándalo o denuncia, fraternidad/filiación, bendición, reconocimiento y adoración de la acción del Espíritu en la historia.

Descansas en Dios tu pecado y también tus buenas obras: tu vida entera, aunque atenta a discernir, se ha liberado de todo juicio, que has confiado a Dios.

Vives en comunión con Dios, y percibes los impulsos interiores del Espíritu con una cierta inmediatez. Es desde esa profundidad, desde su centro, como la persona se abre a la vida.

La actitud ante la vida está atravesada por los dones teologales: fe, esperanza y amor. Desde ellos se contempla y se bendice la realidad, y a Dios presente en ella.

La entrega en favor de los hermanos toma, cuando corresponde, forma vicaria, al modo de Jesús. Se vive en presente, en la conciencia de que la historia la lleva Dios.

*La conclusión es clara:
según sea el
momento en que
se encuentre la
persona, así será su
oración.*

Teresa Iribarnegaray